

les elige por musa á Lais; Platon filosofa con Arqueanasa; Sócrates con Diotima.

Diotima era una hetaira que cristalizó el fango de los placeres impuros, convirtiéndose en crisálida la oruga del amor y después en mariposa. Diotima no fué la Venus de la voluptuosidad, sino la Psiquis de las pasiones.

La hetaira en Grecia y la bayadera en la India, tuvieron gran preponderancia por su cultura intelectual: la hetaira fué proclamada musa de la civilización; la bayadera, ápsada paradisiaca.

Si estas mujeres casi abyectas prevalecieron tanto, ¡cuántos triunfos podrá alcanzar la mujer adornada de todas las virtudes cristianas si cultiva su talento!

Grandes los obtuvo doña María de Molina, esposa honrada, tierna madre, inteligente reina, dama devota sin fanatismo é ilustrada sin vanidad. En vida fué muy amada de sus súbditos, y á su muerte se consideró huérfana la patria. La tumba de esta inolvidable reina se halla en Valladolid, en la iglesia de las Huelgas: es de mármol blanco con estatua yacente. Los españoles y extranjeros la visitan con el mayor respeto rindiendo á la memoria de doña María el homenaje de la más entusiasta admiración.

CATALINA GORDON

MADRE DE LORD BYRON.

ALICIA DES ROIS

MADRE DE LAMARTINE.

U. A. N. L.



LA MADRE DE LAMARTINE.

CAPÍTULO XIII.

La madre de Lord Byron y la madre de Lamartine.

(CONTRASTE.)

I

PARA apreciar debidamente la poderosa fuerza de la influencia maternal, nos proponemos hacer resaltar en este paralelo el gran contraste que se advierte entre los caracteres de dos grandes hombres, nacidos en la misma época y educados de diferente modo por sus madres.

Lord Byron y Lamartine son coetáneos, y éste en Francia y aquel en Inglaterra, los más eminentes poetas líricos en los albores del afortunado siglo XIX.

Ambos pertenecieron á familias aristocráticas y fueron mecidos en dorada cuna; pero ¡cuán diferentes son

en sus gustos, en sus aspiraciones y en sus costumbres! ¡Qué divergencia existe entre el carácter del autor de Jocelin y del autor de Childe Harold! ¡Cuán inconmensurable es la distancia que les separa en el mundo moral y literario! Byron es el cantor del libertinaje; Lamartine el cantor de la virtud. Lamartine nos describe los afectos dulces, tiernos y tranquilos; Byron las pasiones ardientes, inquietas, tumultuosas, desbordadas. Lamartine es pudoroso como una vírgen; Byron es cínicico como una bacante: Byron se ruboriza más de su cojera que de mostrar las llagas de su alma.

El genio de Byron es hermoso; pero tiene la hermosura de Luzbel; el genio de Lamartine está dotado de una belleza seráfica.

El rayo de inspiracion que ilumina al poeta frances proviene del alma; el estro esplendente que fulgura en el cerebro del poeta británico tiene su foco en los sentidos.

¿En qué consiste tal diferencia de númen y de corazón? En que Lamartine debe á la naturaleza el inefable don de haber tenido una madre piadosa y tierna, y Byron la incomparable desgracia de ser hijo de una mujer rígida, adusta y fria.

Lamartine respiró en su hogar la cálida atmósfera del sentimiento; Byron la helada atmósfera del desamor.

No lo dudeis, la madre nos imprime el sello de su carácter: el padre podrá vigorizar nuestro entendimiento; pero solo la madre fecundiza nuestra alma. Las pa-

siones de nuestra madre forman nuestra naturaleza, sus ideas nuestro criterio, sus sentimientos nuestro corazón, sus deseos nuestras aspiraciones.

La madre nos marca en la vida el itinerario que debemos seguir; ella va constantemente de vanguardia, se halla siempre en las avanzadas. La madre es la brújula que nos marca el derrotero, la rosa náutica que guía nuestro bajel, la estrella polar, el faro, la Ariadna que nos entrega el hilo misterioso para que no nos extraviemos en el dédalo de la vida.

El amor maternal es el más profundo de todos los sentimientos y el más perfecto porque carece de egoísmo. El amor maternal es el único afecto que puede desafiar á los sucesos prósperos ó adversos, á la ausencia, al olvido, al tiempo y á la muerte. El amor maternal es ilimitado é infinito, es como el alma inmortal y como el alma de esencia divina. Por eso el amor maternal tiene sus acertados presentimientos, sus profecías, sus adivinaciones. El amor maternal, como todo sentimiento grande, aunque nazca en la tierra se eleva tanto y tanto, que llega con sus efluvios hasta el cielo.

El hombre necesita en su infancia el amor de su madre, como necesita en su juventud el amor casto de una mujer buena que le libre de las corrupciones del vicio. Si todos los hombres encontraran al nacer una madre tierna, y al penetrar en el mundo social una amorosa Beatrix, ninguno se pervertiria.

La influencia de la madre se deja sentir siempre: to-

dos los hombres pensadores creen en ella, y tanto es así que recordamos haber oído referir, que los directores de una gran compañía de varias industrias especulativas, antes de recibir á un dependiente y tomarlo á su cargo, se informaban del carácter y costumbres de su madre.

Madame de Maintenon, que no tuvo una madre dulce y que desconoció las caricias maternas; Madame de Maintenon, que nunca fué madre, adivinó la influencia de ésta en la sociedad y quiso fundar una escuela donde se educaran á las mujeres para madres. Esa dama fría de espíritu pedagógico, más calculadora y analítica que sentimental, más razonadora que sensible, tuvo sin embargo el instinto de crear en Saint Cyr una gran institución para instruir á las jóvenes en los deberes relativos á la alta y sagrada misión que tienen que desempeñar y que les está confiada por la naturaleza. Las educandas que más brillaban adquirían como título de recompensa un diploma en el que eran denominadas *Madres precoces*. El título de madre precoz era el mejor laurel, la mayor palma, la más hermosa aureola.

Las mujeres, según ha dicho un escritor español de nuestros días, son algo más que los ángeles porque son madres. Empero debemos manifestar que la influencia maternal puede ser benéfica ó nociva, fatal ó provechosa. Infausta fué esa influencia para Gibbon, Mirabeau, Voltaire, Arouet y Volney: al estudiar la vida privada de esos grandes hombres se encuentra en ellos la aridez, la sequedad moral del corazón de sus madres.

Saludable fué la influencia maternal para Duclos, Sismondi, Chener y Capel; el cual al morir su madre, no solo llora á la autora de sus días, sino la pérdida de su inspiración y su valor, que han muerto con ella. Buckle cree encontrar en el amor de su madre la fuente de su inspiración, como madame de Sevigné la encuentra en el amor hacia su hija.

Kant afirma que cuantos méritos y cualidades atesora, no son innatos en él, pues los debe á su madre.

Bosquet le consulta todos sus pensamientos y le pide su consejo antes de resolver nada, seguro de que así obrará mejor.

Bernard nos manifiesta que solo vive para ella, y que sin ella no quiere honores ni riquezas.

Byron tiene que lanzarse en medio de todas las tempestades del mundo para huir de las borrascas de su hogar, de la dureza de su madre. Estudiemos á Lady Byron, á esa mujer altanera que no supo amar á su hijo ni hacerse amar de su marido.

II

Catalina Gordon, madre de Lord Byron, fué al altar llena de amor; pero su marido no la llevó al templo movido por el mismo sentimiento. El marido de Catalina Gordon no vió en ella más que su dote, la adquisición

de una fortuna que en dos años derrochó. Al empezar á sentir los dolores de la penuria, Catalina no supo hacerse superior á ellos, se irritó y en vez de atraerse á su marido, se granjeó su antipatía. Ella era honrada, modelo de fidelidad conyugal; pero muy despótica y altanera; carecía de las virtudes amables que necesita una mujer para hacer grata su compañía, de aquellas pequeñas virtudes más necesarias en la vida íntima que los grandes heroísmos. A una mujer de virtudes austeras se la admira; á una mujer de virtudes amables se la ama, y en el amor hay más grados de calor moral que en la admiración.

La pérdida de los intereses fomentó fuertes colisiones en el hogar de Byron, porque la decadencia de una familia ilustre es cien veces más terrible que la miseria del indigente. Son múltiples las necesidades que impone el triste privilegio de pertenecer á una alta clase y los sacrificios de todo género que tienen que hacerse para sostener la dignidad del rango, se pagan con acerbos sufrimientos, para los cuales no hay compensación.

Las batallas del turbulento hogar de Byron se hicieron cada vez más reñidas, y el marido de Catalina no pudiendo soportarlas, resolvió abandonar su familia y su hogar.

La exasperación de Lady Byron creció al verse herida en su corazón y en su amor propio, y se hizo más brusca para el hijo del que la abandonaba, el cual se convertía con su presencia, en mudo testimonio de un amor

no correspondido y de una triste desventura harto difícil de poder ser soportada.

Byron, como dice uno de sus biógrafos, fué engendrado en el dolor, y para nacer *tuvo que ser arrancado á las entrañas de su madre*. Parecía tener más que miedo horror á la vida, parecían espantarle los seres humanos cual feroces alimañas, batfáse en rebeldía por no querer formar parte de la familia universal que habita este planeta. Le obligaron á entrar violentamente en el mundo, y por eso odió más que amó. Su llegada á la vida se anunció con un fuerte vagido, cuyo eco no se extinguió jamás, con un vagido que fué tan eterno como glorioso.

Todos los niños son arrullados por sus madres con tiernos acentos: Jorge Byron no oyó más que sollozos.

La sonrisa de la madre es la primera impresión grata que penetra en nuestra retina.

Byron solo contempló un semblante sombrío, un adusto ceño.

Y como Byron aprendió desde la infancia á llorar, ya nunca supo reír. En las sarcásticas carcajadas de Byron hay más amargura que en un raudal de llanto. Byron no ha conocido la alegría, porque las dulces alegrías solo se encuentran en los goces legítimos; el aturdimiento inebriativo que proporcionan los placeres sensuales, las fáciles conquistas y los vicios, dejan un recuerdo de vergüenza en la mente, un espantoso vacío en el corazón y una gran saciedad en el alma.

Byron pasa con gran gran rapidez de la frenética alu-

cinacion de la orgía al anhelo del suicidio: todo en él es poco acentuado, vago, misterioso; su alma es un croquis, un boceto, una silueta que se dibuja débilmente entre las densas nubes de un crepúsculo de invierno.

En toda pasion fué víctima y verdugo al mismo tiempo: una extraña fatalidad pesaba sobre él y sobre cuantos séres amó.

Tenia temporadas en las cuales era muy misántropo: miraba con desprecio á la humanidad, porque preocupado con la idea de que todos se burlaban de su cojera, queria anticiparles como pago de las burlas su desprecio.

La autora de sus dias le habia dicho irónicamente que no podria escalar la tribuna sin tambalearse, que no subiria á ella con firmeza y majestad, sino oscilando, como la débil llama de una bujía de sebo, lo cual perjudicaba á su dignidad de par. La mordacidad de su madre le hizo acre el carácter, y nunca se cicatrizaron las cruentas heridas que ésta le infirió con el afilado puñal del ridículo.

Madre é hijo fueron á vivir al campo, y Byron, buscando la soledad de las bosques y los paisajes más ágras, se hizo todavía más áspero en medio de una naturaleza selvática: volvióse montaraz, aprendió á trepar por las montañas como las cabras, ya que su cojera no le permitia bailar en los salones con las mujeres que le agradaban.

Mientras permaneció en el campo, debió recoger en su alma el bramido de las olas, el rugido de las tempe-

tades y el estruendo de la cataratas para repercutirlos en sus obras con grandilocuente armonía. Entregóse á ejercicios violentos, la natacion, la caza, despues los viajes; pero nada satisfacía sus deseos: en todo encontró desencanto. Buscó en los países más privilegiados las bellezas del arte y las de la naturaleza, sin hallar nunca el ideal que acariciaba su prodigiosa fantasía.

La superioridad de su genio le hacia muy desgraciado: sin explicárselo sentía el peso abrumador de su grandeza. Esta superioridad le alejaba muchas veces de los demas séres, y al encontrarse aislado, se revolcaba su pensamiento en los abismos insondables de su alma.

Byron es el poeta de la desesperacion; hay en su genio un iman que atrae hácia sí todos los rayos y centellas. Si el genio de Byron no hubiese encontrado tempestades en la vida, las hubiera forjado para cantarlas.

Byron es original en su genialidad satírica y melancólica; se le censura el ser demasiado personal: realmente su egoismo de escritor no tiene límites. Abrigó un alma exaltadísima, impetuosa, una de las almas más ardientes y fogosas que tal vez se hayan conocido; de suerte que alma y genio fueron en él una misma cosa, ó bien, consecuencia el uno de la otra. Hay en su estilo anomalías como en su carácter: su alma está formada de antítesis, es un antípoda de sí mismo. Lejos de tener la frialdad británica, parece un hombre del Mediodía; las emociones son fugaces en él, pero le dejan surcos de fuego.